

# Meditaciones sobre la filosofía primera

*En las que se demuestran con claridad la existencia de Dios y la distinción real entre el alma y el cuerpo del hombre*

## Meditación I

### De las cosas que pueden ponerse en duda

#### 1.

Hace ya tiempo que he entendido que desde mis primeros años había admitido como verdaderas muchas opiniones falsas, debiendo ser, por lo tanto, muy dudoso e incierto todo lo que he fundado más tarde sobre principios tan inseguros. Por esta razón he pensado que me era forzoso tratar formalmente, una vez en mi vida, de deshacerme de todas las opiniones que antes admitiera, y comenzar desde los fundamentos todo otra vez, si algo firme y permanente había de establecer en las ciencias. Sintiendo que tal empresa era muy vasta, he esperado a que mi edad fuese lo suficiente madura para no aguardar otra en que estuviese más apto para acometerla; por lo cual he diferido tanto la ejecución de mi propósito, que cometería una falta empleando en deliberar el tiempo que todavía me queda para obrar. Hoy, pues, que con ventaja para mi intento mi espíritu se encuentra libre de cuidados y dichosamente libre de pasiones, habiéndome conseguido además reposo seguro en tranquila soledad, voy a dedicarme seria y libremente a destruir todas mis antiguas opiniones. No necesito para esto probar que todas son falsas, pues nunca terminaría; mas como quiera que la razón me aconseja poner igual cuidado en no admitir las cosas que no son absolutamente ciertas e indudables que en rechazar las notoriamente falsas, con esto me basta para hacer lo mismo con todas si encuentro la menor razón para dudar de alguna. Y para esto no es necesario examinar cada una de por sí, lo cual presumiría un trabajo infinito, porque la ruina de los cimientos lleva consigo la de todo el edificio, y me basta, por lo tanto, atacar los principios en que descansaban mis antiguas opiniones.



2.

Todo aquello que hasta hoy me ha parecido más verídico y seguro lo he aprendido de los sentidos o por ellos, y habiendo experimentado a veces que los sentidos engañan, la prudencia prescribe no confiarse nunca por entero de los que una vez nos han engañado.

### 3.

Pero si bien los sentidos nos engañan a veces con respecto a cosas muy lejanas y poco sensibles, hay otras muchas, con todo, de las que no es posible dudar razonablemente, aunque por medio de ellos nos son conocidas; por ejemplo, que yo estoy aquí, sentado junto al fuego, con una bata puesta, teniendo en mis manos este papel y cosas semejantes. ¿Pues cómo había yo de negar que estas manos y este cuerpo son míos, a no ser que me comparara a esos insensatos cuyo cerebro está tan aturdido y ofuscado por los negros vapores de la bilis, que afirman constantemente que son reyes, cuando son pobres; que están vestidos de oro y púrpura, cuando van desnudos; o se figuran que son vasijas o que tienen un cuerpo de vidrio? Pero éstos son locos, y no lo sería yo menos si me comparase con tales ejemplos.

### 4.

Debo considerar, con todo, que soy hombre, y por consiguiente, que tengo costumbre de dormir y de representarme en sueños cosas iguales, y menos verosímiles a veces, que las que se imaginan esos insensatos cuando están despiertos. ¡Cuántas veces me ha sucedido soñar que me encontraba en este sitio, que estaba vestido y al lado del fuego, aunque en realidad estaba desnudo y metido en la cama! Cierto es que ahora me parece que no veo este papel con ojos dormidos; que esta cabeza que muevo no está amodorrada; que con intención y propósito deliberado extiendo esta mano y que la siento, y que nunca lo que sucede en el sueño es tan claro ni distinto como todo esto. Pero pensando atentamente en ello, me acuerdo de haber sido muchas veces engañado al dormir por ilusiones semejantes, y al detenerme en este pensamiento, veo con tal claridad que no hay indicios ciertos para distinguir la vigilia y el sueño de una manera terminante, que me lleno de asombro, y este asombro es tal, que casi es capaz de persuadirme de que estoy dormido.



## 5.

Supongamos, pues, que estamos dormidos y que todas estas particularidades —abrir los ojos, mover la cabeza, extender las manos y cosas semejantes— no son más que ilusiones falsas; y pensemos que quizá nuestras manos, y aun todo nuestro cuerpo, no son tal y como los vemos. Hay que decir, con todo, que las cosas que se nos representan en sueños son como los cuadros y pinturas, que han de formarse a semejanza de alguna cosa real y verdadera; de modo que, por lo menos, estas cosas generales (ojos, cabeza, manos, un cuerpo) no son imaginarias, sino reales y existentes. Así los pintores, cuando ponen todo su arte en representar sirenas y sátiros con figuras extrañas y extraordinarias, no pueden darles, con todo, formas y naturalezas enteramente nuevas, y no hacen otra cosa que cierta mezcla y composición de miembros de animales diferentes; y si por ventura su imaginación es bastante singular para inventar una cosa tan nueva que jamás se haya visto otra cosa semejante, representando de esta manera su obra un objeto completamente fingido y absolutamente falso, cuando menos los colores del cuadro han de ser verdaderos.

## 6.

Por la misma razón, aunque estas cosas generales (cuerpo, ojos, cabeza, manos y otras análogas) pudieran ser imaginarias, con todo, hay que reconocer necesariamente que por lo menos existen y son verdaderas otras más sencillas y universales todavía, de cuya mezcla —como de la de algunos colores verdaderos— están formadas todas estas imágenes de las cosas que están en nuestro pensamiento, bien sean verdaderas y reales, bien fingidas y fantásticas.

## 7.

Tales son la naturaleza corpórea, en general, y su extensión; la figura de las cosas extensas, su cantidad o dimensión, su número, el lugar en que están, el tiempo que mide su duración y otras semejantes. Quizá por esto razonamos bien al decir que la física, la astronomía, la medicina y todas las demás ciencias que dependen de la consideración de las cosas compuestas son muy inciertas y dudosas, a la vez que la aritmética, la geometría y las restantes ciencias de naturaleza análoga, que sólo tratan de cosas muy sencillas y generales, sin preocuparse mucho de que existan o no en la realidad, tienen algo de cierto e indudable; porque en el sueño, como en la vigilia, dos y tres siempre serán cinco, y el cuadrado no tendrá nunca más de cuatro lados, y no



parece posible que haya falsedad o incertidumbre en verdades tan claras y manifiestas.

## 8.

Mucho tiempo hace, con todo, que tengo la opinión de que existe un Dios que todo lo puede, y por el cual he sido hecho y creado tal como soy. Pero, ¿sé yo acaso si habrá hecho que no existan tierra, ni cielo, ni cuerpos extensos, ni figuras, ni tamaño, ni lugar alguno, y que no obstante yo tenga ideas de todas estas cosas y no me parezca que son de otro modo que como las veo? Y así como pienso a veces que los demás se engañan en las cosas que mejor creen conocer, ¿qué sé yo si Dios no habrá hecho también que me engañe cada vez que sumo dos y tres, o cuento los lados de un cuadrado, o formo juicios sobre cualquiera otra cosa más fácil todavía, si por ventura puede concebirse que la haya? Pero acaso Dios no ha querido que yo sea engañado de esta manera, pues se dice que es soberanamente bueno. No obstante, si a su voluntad repugnase haberme formado de tal modo que siempre había de engañarme parecería natural que tampoco permitiera que me engañe alguna vez, y es lo cierto que, no puedo dudar que lo permite. Acaso habrá personas que preferirían negar la existencia de un Dios tan poderoso a creer que todas las demás cosas son inciertas: no les contrariemos por ahora, y supongamos en su favor que es una fábula cuanto se ha dicho aquí sobre Dios; de todas maneras, cualquiera que sea el camino que adopten para explicar cómo he llegado al ser y estado en que me encuentro —ora lo atribuyan al destino o la fatalidad, ora al azar, ora a la continua sucesión y enlace de las cosas— es lo cierto que, siendo una imperfección errar y, engañarse, cuanto menos poderoso sea el autor a que atribuyan mi origen, tanto más probable será que sea yo tan imperfecto que me he de engañar siempre. Nada tengo que oponer a tales razones; sin embargo, finalmente, me veo obligado a confesar que debo dudar, por uno u otro concepto, de todo lo que antes creía verdadero; y esto, no por irreflexión o ligereza, sino por razones muy fuertes y maduramente pensadas; de manera que, en adelante, tanto cuidado he de poner en no dar crédito a estas cosas, como en rechazar las que me parezcan manifiestamente falsas, si algo cierto y seguro quiero encontrar en las ciencias.

## 9.

Pero no basta haber hecho estas observaciones; necesito además no olvidarme de ellas, porque el prolongado y familiar comercio que conmigo tuvieron esas antiguas y ordinarias opiniones, les ha dado tal



derecho para invadir mi espíritu a despecho mío y casi hacerse dueñas de mi credulidad que frecuentemente vuelven a mi pensamiento, y nunca perderé la costumbre de seguir las y tener en ellas confianza, mientras las tenga por lo que efectivamente son, es decir, por en cierto modo dudosas como acabo de mostrarlo, y con todo, muy probables, tanto que hay muchas más razones para admitirlas que para negarlas. Pienso por esto que no haré mal en adoptar con propósito deliberado una opinión contraria, engañándome a mí mismo y suponiendo por algún tiempo que todas ellas son enteramente falsas e imaginarias; hasta que, contrapesando de tal manera mis preocupaciones antiguas y nuevas, que mi opinión no pueda inclinarse más de un lado que de otro, no se vea en adelante avasallado mi juicio por malos usos, y apartado del recto camino que puede conducirle al conocimiento de la verdad; pues seguro estoy de que en esta senda no hay error ni peligro, y de que hoy nada pierdo con exagerar mi desconfianza, ya que ahora no se trata de obrar, sino de meditar y conocer.

## 10.

Supondré, por lo tanto, no que nos engaña Dios, que es muy bueno y es la soberana fuente de verdad, sino que un genio, maligno, no menos astuto e impostor que poderoso ha utilizado toda su industria en engañarnos; pensaré que el cielo, el aire, la tierra, los colores, las figuras, los sonidos, y todas las demás cosas exteriores, no son más que ilusiones y sueños de que se ha servido para tender lazos a nuestra credulidad; me consideraré privado de manos y de ojos, de carne y de sangre, y de sentidos, pero falsamente convencido de que tengo estas cosas; permaneceré obstinadamente adherido a tales pensamientos; y si por este medio no me es posible llegar al conocimiento de verdad alguna, lo será al menos suspender mis juicios. Por esto pondré gran cuidado en no dar crédito a ninguna falsedad y prevendré también mi espíritu contra todas las asechanzas de ese gran impostor que, por astuto y poderoso que sea, no conseguirá engañarme nunca.

## 11.

Pena y trabajo lleva consigo tal propósito, y por eso, cierta pereza me arrastra insensiblemente al comercio de mi vida ordinaria, y a la manera que un esclavo, que en sueños goza de imaginaria libertad, al pensar que esta libertad no es más que un sueño, teme despertarse y acaricia tan gratas ilusiones para ser engañado por más tiempo, así también vuelvo sin sentirlo a mis antiguas opiniones



y temo despertarme, por miedo de que las laboriosas vigili-  
as que suceden a la tranquilidad de este sueño, en lugar de darme alguna  
luz para conocer la verdad, no sean suficientes para desvanecer las  
tinieblas de estas dificultades que acaban de ser agitadas aquí.